

EL CAFÉ MACIZO: CIRCUNSTANCIAS DE LA INFLACIÓN EN TIEMPOS DE GUERRA

“Si en la guerra no hay dinero, lo último que nos queda, es intercambiar lo que hemos guardado para sobrevivir sin grandes costos”

Voz de una caficultora.

El corregimiento de Altamira es un espacio que según algunas versiones recibe este nombre en honor a las alturas de las montañas, porque desde ahí se puede observar parte del resto del paisaje andino central o del Macizo Colombiano. Además por su ambiente natural, se privilegia por ser parte de la gran Estrella Hídrica del país¹, considerada así, por ser una potencia mundial en la producción de agua y oxígeno. Riqueza que goza el departamento del Cauca y especialmente el Municipio de La Vega, donde se ubica nuestro pueblo.

Aquí la gente goza de tranquilidad, un día cualquiera comienza con el delicioso aroma de un “buen tinto” y se está siempre dispuesto a labrar la tierra para conseguir los frutos que nutren los hogares, por eso somos orgullosamente campesinos, y especialmente, caficultores. El “caficultor altamireño” cuenta activamente con los tres factores de producción: el **factor naturaleza**, las circunstancias del suelo permiten desarrollar actividades agropecuarias para obtener materia prima propios de la región, como son además del café, el plátano, la yuca y la caña de azúcar. El **factor trabajo**, debido al intachable esfuerzo físico e intelectual, el “empuje y la verraquera” de nuestra gente para obtener producción, y finalmente el **factor capital**, en cuanto el aporte monetario y físico que necesitan para sacar adelante las cosechas.

Llegar a identificarnos como caficultores de este corregimiento tiene una aproximación histórica. En 1723 los jesuitas introdujeron al país las primeras semillas de café, y nueve años después en Popayán, el Seminario Menor al parecer obtuvo los primeros cultivos, pero como producción comercial se inicia al finalizar el siglo XIX cuando el padre Romero en

¹ Se conoce también como la “estrella fluvial” y/o la “arteria fluvial” debido que aquí es el lugar donde nacen las vertientes principales del país como el Magdalena, Cauca y Caquetá.

Santander obligaba a los feligreses a sembrar café (Arango, 2000: 105). Aunque este fruto llega a nuestro departamento cuando se diseminó a lo largo de la cordillera central a partir del año 1932 junto con otros departamentos como Nariño y Huila (Ocampo, 1989: 225). Por lo tanto, se cree que a mediados del siglo XX algunas familias oriundas de las regiones del centro y occidente del país introdujeron el café al territorio “maciceño”.

Cerca de tres siglos después que los religiosos trajeron el café al territorio nacional, se ha convertido en la base para el sostenimiento de las “familias altamireñas”, que se le atribuye un 50% a la comercialización de este producto. Aprovechando esta fortaleza se genera la iniciativa del Café Macizo, una organización autónoma de grupos campesinos que dedican su tiempo a generar beneficios para su subsistencia y mantenimiento².

Convirtiendo esta tranquilidad en tiempos de las atrocidades de la Guerra de los Mil Días (1899-1902) imaginamos que mientras a nivel nacional se está librando la más ardua guerra de las élites políticas que buscaban controlar arbitrariamente el poder de la nación entre los diferentes grupos políticos (liberales y conservadores) y parte del pueblo campesino, el territorio de Altamira no estaría exento de las consecuencias que ella arroja, especialmente cuando de territorio se trata, porque parte de nuestras tierras entrarían en disputa entre los amigos del gobierno para el otorgamiento de baldíos y el trabajo del caficultor no sería para las propias familias, sino convertidos en esclavos del gobierno. Y peor aún, a esta situación se suma el aumento de los precios en un 398,9 %, fenómeno que se iniciaba cuando la “máquina de hacer billetes, la más aplicada funcionara del gobierno, no cesaba de producir inflación” (Jaramillo, 1989: 77). Incluso el Banco Central que era el encargado de regular este fenómeno no soportó las grandes emisiones de billetes, siendo liquidado en 1984 y 1909 (Banco de la República, s.f.: 3).

² Los caficultores del Corregimiento de Altamira producen hasta cinco variedades de café, como son la variedad Colombia, castilla, arábigo, caturra y chileno. Es de resaltar que un alto proceso selectivo del mejor grano de cada una de las variedades proyecta el resultado de un buen café, recibiendo así el nombre de “café especial”. Producto del gran trabajo de los caficultores en esta parte de Colombia les permite ser identificados con el nombre de “Café Macizo”, que ya en el año de 2007 recibió merecidamente un reconocimiento a nivel internacional.

Ante este monstruoso y caótico desorden social, político y especialmente económico, sin duda alguna una manta de desesperanza cobijaría la región, los productos de las tiendas estarían por las nubes, el dinero se presentaría levemente en los bolsillos y no alcanzarían para comprar nada. Por ejemplo, el precio real del pan es de \$ 100, la libra de sal de \$ 900 y la libra de papa \$ 500, trasladando su proyección de alza de precio estaría para cada uno con \$400, \$3.600 y \$ 2.000 respectivamente. Todo subiría de precio y no habría con que pagar.

Nos damos cuenta que la inflación siendo demasiado elevada influye de manera mortal en la cotidianidad, se genera un desequilibrio económico caracterizado por la subida general de los precios y por lo tanto hay un descontrol socioeconómico. Esto es un problema grave para el caficultor, teniendo en cuenta que para esta época, los exportadores sufrían la baja en los precios internacionales del grano (deflación), en consecuencia la venta del Café Macizo estaría estancada a la espera de un buen precio para poder venderlo. Esto quiere decir que los tres **factores de producción** se desencadenan, el factor capital se encuentra limitado y no alcanza a obtener recursos debido a que el factor trabajo está afectado por la ausencia del personal, es decir mucho de los “peones” se encuentran participando de la guerra, en la búsqueda de un empleo o cualquier otra actividad que les permitiera subsistir.

El Café Macizo ya no sería una alternativa viable debido que el precio de compra oscilaría de una manera técnicamente nula en comparación con el incremento de los otros productos del mercado; además debemos tener en cuenta que en medio del conflicto no solo estamos inmersos en un desorden social sino que también se pierden vidas: a la guerra tendrían que ir esposos, hijos, padres y hermanos cabezas de familia obligando a dejar a sus parientes sin su protección, apoyo y compañía; hijos, hermanos, viudas y madres con el corazón roto al verlos convertirse en “carne de cañón”. El caos sería nuestra bandera y el llanto su himno.

El factor naturaleza no se excluye de este desencadenamiento para la estrategia productiva, ya que el fenómeno ambiental de “El Niño” y la plaga de la broca en medio de la guerra serían otros enemigos, en el primero el efecto negativo sobre el clima y por tanto en la incidencia de los cultivos no permitirían una mayor producción, al igual que el impacto de

la broca cuando termina con la mayoría de los cultivos de café. Esto promueve el aumento de precios del mismo y de otros productos relacionadas con la cocina. Pero al igual que sube el café los insumos para el mantenimiento también se elevarían y esto no admite una buena rentabilidad para el caficultor y su familia.

Vemos que la inflación nos ha enseñado que no puede ser únicamente por causas económicas propias de la sociedad, sino que los factores ambientales como El niño y las plagas que llegan afectar determinados productos de la agricultura podrían aumentar o disminuir en los precios y por lo tanto debilitar de alguna manera el equilibrio presupuestal de una familia.

¿Sería este el final?, ¿La malicia humana derrotaría nuestro anhelo de vivir?, ¡Definitivamente no! Pueden presentarse miles de obstáculos, que las deudas nos ahoguen, que la angustia y la desesperanza nos sofoque, que el fenómeno de exagerada inflación nos debilite, pero nuestro “as” bajo la manga, la alternativa de seguir adelante es una manera de pensar de nuestros ancestros. Una de las actividades tradicionales que nos han enseñado y pretendemos conservar es el concepto de **trueque**, cuya manifestación es el intercambio de diferentes productos entre familias pero que involucra la participación de otros territorios.

Discutíamos la posibilidad de que esta manifestación económica en tiempos de la Guerra regularía los estragos de la inflación. Si todos los productos que se adquieren comprando han subido exageradamente de precio no es posible adquirirlos debido a que el capital en moneda es mínimo. Pero es común ver en nuestras familias el concepto de **ahorro**, que no necesariamente son monedas y billetes, sino hortalizas, tubérculos, granos y frutas que se han producido de las huertas y se han guardado. Este recurso varía de acuerdo al lugar de origen, si son de clima frío serían la papa, maíz, frijol etc., y si son de nuestra región, prevalece el café junto con la yuca, el plátano, naranja, papaya entre otros. Teniendo así una variedad de alimentos en la cocina.

Guardar algo en un rincón de la casa es sinónimo de ahorrar, pero ¿cuál sería su situación en medio de las disputas entre los partidos tradicionales durante la guerra de los tres años? Las alianzas políticas eran una moneda favorable para el pueblo dependiendo de la cara que

estaba en el mando, es decir que mientras los conservadores manejaban el poder, el fantasma de las inexplicables muertes en el partido opositor infundían cierto miedo entre estos mismos, obligándolos de alguna manera a dejar sus tierras y casi que de igual forma se veía esto cuando la moneda nos mostraba otra cara, reflejado en la dominación de algunos territorios. Si el denominado fantasma golpeaba la puerta de algún campesino liberal, él huía protegiendo su integridad y la de su familia, fenómeno que permite entender el génesis del desplazamiento forzado, cuya característica pone de manifiesto a un victimario que genera miedo en su víctima y que no teniendo otra salidas decide proteger lo más preciado, su vida.

Circunstancia que se puede observar en cualquier parte de Colombia. En nuestro territorio cuando a Don Manases Hurtado, un hijo y comerciante del pueblo por motivos ajenos a su voluntad se vio obligado a retirarse de Altamira. En medio de la tristeza que esto produce, la comunidad se vio afectada debido a que él era el “salvavidas” de muchas familias, económicamente permitía en su tienda escuchar la frase: “me fía que cuando salga lo de la cosecha yo le pago”. Los caficultores acostumbran cada lunes, día de mercado, fiar la remesa. Pero ahora la ausencia de Don Manases, quién huye de la violencia abandona toda estrategia de negocio y comercio, provocando así un desequilibrio comunitario en la región, “...ya no está el que fía”.

Es aquí donde las familias que se quedan sin acceder a una remesa, necesitan acudir al trueque paraqué les permitan negociar lo que se ha ahorrado con productos que son cultivados en fincas de otras partes.

En este caso, de acuerdo a las necesidades intercambiamos lo que no se tiene, si a don Pedro le sobra plátano y le falta frijol, intercambia con la persona que carezca de lo que él tiene y le falte lo que al otro le sobra de una manera desinteresada, obteniendo así un beneficio mutuo.

Los precios elevados sobre los diferentes productos de la región por causa de las grandes emisiones de dinero afectan en parte al caficultor, aunque en la espera de vender el café cuando el precio internacional mejore, es necesario intercambiar con frutos de otra región

para no desperdiciar lo cosechado y alimentarse con lo que se obtiene del producto de un buen intercambio en el trueque.

BIBLIOGRAFÍA

ARANGO LONDOÑO, Gilberto. 2000. *Estructura Económica Colombiana*. Novena Edición. McGrawHill. Bogotá.

BANCO DE LA REPÚBLICA. (S.f) *La historia del Banco*. Documento electrónico. Consultado el día 10 de junio de 2010. <http://www.banrep.gov.co/documentos/el-banco/pdf/historia-banco-sept.pdf>

JARAMILLO, Carlos Eduardo. 1989. “Antecedentes generales de la guerra de los Mil Días y golpe de estado del 31 de julio de 1900”. En *Nueva Historia de Colombia*. Vol.I. Editorial Planeta. Bogotá.

OCAMPO, José Antonio. 1989. “Los orígenes del industria cafetera, 1830-1929”. En *Nueva Historia de Colombia*. Vol.V. Editorial Planeta. Bogotá.